



GENEROVIDAD

PICARDITO Saltamontes tenía un tío muy simpático y gordiflón, que todos los jueves le regalaba un pastel; pero el regalo se hacia con una inviolable condición: debía repartirlo con su hermanita Cachito, más pequeña que él.

—Aquí tienes el consabido pastel —decía el tío a Ricardito, cuando llegaba el día convenido para su entrega.

Pero el jueves que motivó estos rengloncillos, además de esas palabras ya consagradas por la costumbre, agregó:

—No olvides que debes partirla con Cachito, y como la buena educación obliga a dar el pedazo mayor, no dude de que tú te quedarás con el trozo más pequeño.

Ricardito, extrañado, titubeó unos instantes; pero luego, preguntó resueltamente.

—¿Y por qué me he de quedar con el pedazo más pequeño, si el pastel me lo regalan a mí?

—Porque, vuelve a repetírtelo, el que ofrece parte de una cosa, debe hacerlo siempre así. Todos los niños bien educados hacen tal cosa, y tú eres muy educadito. Ya verás, preguntaselo a Cachito y saldrás de dudas. Ella lo sabe.

—¡Ah! ¡Ella lo sabe? —preguntó nuevamente el sobrino—pues entonces, tío, nos entendemos maravillosamente.

Y, muy contento, se fué a casa con el pastel. —¡Cachito! ¡Cachito! Mira, el tío me ha dado un pastel para que nos lo repartamos.

—Entonces, dame la mitad — argumentó Cachito.

—No, no: te lo doy todo y tú repartirás.

Y como Cachito sabía perfectamente que las niñas y los niños bien educados, cuando reparten, se quedan con la parte más pequeña, dió el trozo más grande a su hermanito.

Este fué el jueves siguiente a casa de su tío, quien le dijo:

—Le diste la parte mayor del pastel a tu hermanita, como te encargué?

—Ya ve usted si se la di, que para que estuviera más contenta, se lo di todo.

—Y tú no comiste de él!

—Sí, querido tío; ella repartió, y como es una niña muy bien educada, me dió el pedazo más grande.

El tío de Ricardito sonrió al comprender la pícara ocurrencia que había tenido su sobrino para conseguir la mayor parte del pastel. Pero desde aquel día él también tuvo una pícara ocurrencia: En vez de darle un pastel grande para que lo repartiese, le daba dos pasteles pequeños: uno para cada uno.

De nada valieron a Ricardito Saltamontes todas las tretas que ideó para conseguir un solo pastel, grande, como los que antes le daba su buen tío. Éste, firme en su resolución, continuó entregando dos pasteles casi diminutos. No obstante, al tiempo, quiso probar si el sobrino se había enmendado. Le entregó un pastel grande.

Ricardito lo miró muchas veces; pero, al fin, lo dividió en dos pedazos designados. El más grande se lo dió a Cachito. ¡La lección había surtido efecto!

Periquito.



*Al entrar en su octavo año de vida,
COLIBRI saluda cordialmente a sus amiguitos, a los educaciónistas y a la prensa en general, deseando a todos un año repleto de venturas y alegrías.*



ibero-Amerikanisches Institut

Berlin

Preußischer Kulturbesitz